

ANÁLISIS DEL FACTOR HISTÓRICO

Por RICARDO ÁLVAREZ-MALDONADO MUELA

Preámbulo

La historia del Mediterráneo que se remonta al IV milenio a. de C. puede dividirse en dos épocas claramente diferenciadas. En la primera fueron protagonistas los pueblos que se asentaron en sus riberas y que parcial o totalmente llegaron a dominarlo. En la segunda, que se inició en el siglo XVII de nuestra Era, los ribereños tuvieron que aceptar resignadamente el protagonismo de potencias foráneas cuando los centros del poder político y económico del Mundo fueron desplazándose desde el Mediterráneo hacia el noroeste de Europa. En esta época, pocas veces, pudieron los ribereños realizar sus aspiraciones de no concordar con los intereses de las potencias hegemónicas.

Durante este segundo período dichas potencias lo utilizaron para comerciar, como vía de comunicación estratégica o como palenque para dirimir sus querellas que, generalmente, tenían su origen en la alteración del balance del poder en el continente europeo.

El Mediterráneo fue, y continúa siéndolo vía de comunicación del Atlántico con el Índico y como profundo golfo del primero camino de penetración estratégica hacia levante que flanquea Europa y se adentra hacia el corazón del continente Eurásico.

No todos los pueblos que procedentes del interior llegaron y se establecieron en sus riberas sintieron la tentación de extender su dominio utili-

zando las vías marítimas o rutas costeras que desde su lugar de asentamiento ofrecían un abanico de opciones.

Los egipcios, primeros ribereños cuya historia conocemos con detalle, nunca pretendieron extender sus dominios fuera del valle del Nilo. Resulta enigmático que esta región colindante con el istmo de Suez no fuera zona de irradiación de poder. Aunque el canal artificial abierto en el siglo XIX no atravesara hasta entonces dicho istmo existieron depresiones lacustres —aprovechadas mas tarde para la construcción del canal— que permitieron en una época el paso de embarcaciones del Índico al Mediterráneo y como vía alternativa también se dispuso siempre de una fácil ruta terrestre que comunicaba el puerto de Aidhab en el mar Rojo con el Nilo.

La situación geográfica de Egipto en esta encrucijada de caminos del Índico con el Mediterráneo y de África con Asia a través del Sinaí hizo del imperio de los faraones un emporio de riqueza del que después disfrutaron los pueblos que sucesivamente se fueron asentando en el delta. No haber explotado esta región como zona de irradiación de poder quizá fue debido a que el Antiguo Egipto careciera de vocación marítima.

Nos hemos detenido sobre las particularidades de esta zona, que siempre ha ejercido una atracción irresistible para toda potencia con vocación hegemónica, por el importante papel que ha desempeñado en la historia del Mediterráneo incluso cuando el descubrimiento por los portugueses de la ruta del Cabo en el siglo XV hizo perder al istmo de Suez su condición de vía principal de comunicación del Mediterráneo con el Índico que puenteara los caminos carabaneros que conducían a la India.

Localizar las zonas históricas de irradiación de poder que han emergido en el discurrir del tiempo nos ha obligado a realizar un exhaustivo análisis de la historia del Mediterráneo que nos es imposible transcribir en estas apretadas líneas por lo que nos limitaremos a presentar las zonas localizadas aduciendo someramente las razones que nos han inducido a darles dicho carácter.

Período de protagonismo histórico. Zonas de irradiación de poder

La costa sirio-libanesa y la región circundante constituyó la primera zona de irradiación de poder en el Mediterráneo. Carácter que adquirió con los fenicios desde el siglo IX a. de C. y, mucho después, cuando los árabes eligieron Damasco como capital del Califato.

Los fenicios crearon un imperio comercial que se extendió por toda la cuenca occidental y más allá de Gibraltar llegó a Gran Bretaña mientras que hacia Oriente, a bordo de sus naves por el golfo de Agaba salieron al mar Rojo para proseguir viaje hacia el Indico.

Los árabes también partieron de Siria para conquistar territorios que se extendieron hacia el Atlántico y los Pirineos por Occidente y hasta la India por Oriente.

El Túnez actual, región bautizada por los romanos con el nombre de África, aplicado más tarde a todo el continente negro, fue otra zona de irradiación de poder. Cartago, fundada en las inmediaciones de cabo Bon, se convirtió en la metrópoli de un Estado talosocrático que extendió su dominio por toda la cuenca occidental cuyos dos accesos dominaba: el estrecho de Gibraltar y el canal de Sicilia.

En esta misma región los vándalos, único pueblo bárbaro con mentalidad marítima, fundaron un reino en el siglo V de nuestra Era que también tuvo por capital Cartago, ciudad reconstruida donde estuvo situada la primitiva destruida por los romanos. Los vándalos que habían llegado allí procedentes de Andalucía volvieron a cruzar el mar para saltar a Sicilia y de esta isla a Calabria en el sur de Italia. Los vándalos en el 445 d. de C. desembarcaron en Ostia y saquearon Roma.

Dando un salto atrás en el tiempo nos trasladaremos ahora a otra zona de irradiación de poder que mantuvo su influencia casi ininterrumpidamente, durante cerca de 30 siglos. Nos referimos al espacio que centrado en el mar Egeo abarca sus islas y ambas riberas y se amplía y prolonga hacia el Nordeste por el mar de Mármara hasta el Bósforo.

Primero fueron las ciudades-Estado griegas las que partiendo de dicha zona fundaron colonias y factorías comerciales por las costas del Adriático y de poniente, ocuparon Sicilia, el sur de Italia y por las Bocas de Bonifacio llegaron hasta la desembocadura del Ródano y la bahía de Rosas en Cataluña. Después, los macedonios consiguieron unificar toda Grecia y con Alejandro Magno llegaron a crear un efímero imperio que por Oriente llegó hasta la India y por el Sur, tras conquistar Anatolia, Siria y Palestina, el hijo de Filipo de Macedonia fundó Alejandría en el delta del Nilo que llegaría a ser foco de irradiación de la cultura helenística por todo el mundo entonces conocido.

Cuando el Imperio Romano fue deshecho por los bárbaros, Bizancio, desde Constantinopla, a orillas del Bósforo, intentó reconstruirlo. Sólo con-

siguió agregar al territorio del Imperio Romano de Oriente, legado de Teodosio a Honorio, parte de Italia, el norte de África y la Hispania Citerior en Occidente.

Tras mil años de existencia, el Imperio Bizantino sucumbió ante los turcos otomanos. Estos crearon un extenso imperio que desde Estambul, nombre que recibió Constantinopla cuando fue conquistada en 1453, irradió su poder por Europa y Asia. La Sublime Puerta a diferencia de Grecia y Bizancio aplicó su esfuerzo principal en los Balcanes para alcanzar por ellos la llanura húngara y asentar su poder en la Europa Central. Por el Sur, como otros pueblos que les precedieron se instalaron sólidamente en Egipto. En el mar Negro ocuparon sus costas y Crimea. Por Oriente de Anatolia saltaron a Irak e Irán y por Occidente consiguieron atraer a su órbita a los reyezuelos de Argelia y Trípoli y en la cumbre de su poder, en el siglo XVI, llegaron a expulsar a los españoles de Túnez.

De esta influyente zona de irradiación de poder, que se manifestó en plena actividad durante tan prolongado tiempo, vamos a saltar a otra de gran importancia histórica. Nos referimos a la centrada en Roma. De la Ciudad Eterna, futura sede de la Silla de Pedro, el poderío de Roma se extendió como mancha de aceite por todo el Mediterráneo, señoreó todas sus riberas y se adentró en los tres continentes que bañan sus orillas: profundamente en Europa y Asia y en África hasta los confines del Sáhara.

La influencia de esta zona de irradiación de poder aunque no haya persistido tanto tiempo como la greco-turca, ha sido de mayor proyección histórica ya que la civilización propagada, la latina, constituye el sustrato básico de la cultura occidental.

Hubo que esperar una veintena de siglos para que fuera del Mediterráneo surgieran zonas de irradiación de poder parangonables con la que propició la emergencia del Imperio Romano.

Tras la caída de éste, el fracasado intento bizantino de restaurarlo y la aparición del islam con su ansia expansiva y afán de proselitismo religioso, Italia se sumió en un caos político y se fraccionó en un mosaico de Estados donde dirimieron sus querellas guelfos y gibelinos, angevinos, normandos y catalano-aragoneses.

Pese a ello alrededor del año 1000 cuando la estrella de los árabes por sus disensiones internas, empezó a declinar, surgieron en el norte de Italia dos zonas de irradiación de poder simétricamente situadas respecto al istmo que une al valle del Po la península Itálica: El saco Adriático veneciano y el golfo Ligurico de Génova.

La República de Venecia consiguió concertar ventajosos tratados comerciales con el Califato de Bagdad lo que le permitió importar con sus propias naves los codiciados productos orientales que después exportaba a la Europa Central por el paso alpino del Brennero por donde recibía el hierro y el cobre alemán.

Venecia extendió sus dominios por Istria y Dalmacia y aprovechó las Cruzadas para adueñarse de importantes posesiones en Tracia, el Peloponeso e islas del Egeo a costa de los debilitados bizantinos. Sus líneas marítimas comerciales alcanzaron los puertos de Egipto, Anatolia y Siria. Hasta el año 1261 tuvo el monopolio del comercio marítimo con el mar Negro que en dicho año pasó a manos de Génova, rival a la que se impuso un siglo mas tarde. A finales del siglo XV los venecianos ocuparon Chipre frente a la costa dominada por los turcos.

Venecia, enfrentada con ellos durante varios siglos, se debilitó en esta constante y larga lucha, perdió sus últimas posesiones en el exterior en el siglo XVIII y desapareció como Estado tras el Congreso de Viena que liquidó las guerras napoleónicas, pasando el Veneto a ser provincia austríaca.

El golfo de Venecia fue también zona de irradiación del poder de Austria en el Mediterráneo y los Balcanes aunque Inglaterra le cerró el paso en el canal de Otranto. En la herencia de los Habsburgos figuraba Carniola en la actual Eslovaquia. Trieste y Fiume fueron ciudades austríacas, puertos comerciales y, la primera, base naval. Los Tratados de Utrech y Rastadt confirieron a Austria las antiguas posesiones españolas en Italia. Y, como hemos dicho, el Congreso de Viena en 1815 otorgó a Austria aparte de la Lombardía, el Trentino, el Veneto y la Dalmacia. Tras sus pérdidas en Italia como consecuencia de las guerras que en siglo XIX sostuvo con franceses y piemonteses, Austria pudo compensarlas con sus conquistas en los Balcanes: Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina formaron parte del Imperio Austro-Húngaro hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Austria sustituyó a Venecia como primera potencia naval en el Adriático y cuando Turquía, en el siglo XIX se convirtió en el «enfermo crónico de Europa», fue la principal rival de Rusia en los Balcanes. Rivalidad que dio lugar al estallido de la llamada Guerra Europea de 1914.

De forma similar y coincidiendo en el tiempo emergió una zona de irradiación de poder en el golfo de Génova y costa de Liguria a finales del siglo X parangonable con la veneciana.

Génova, en la costa de Liguria, y el circundante territorio del Piamonte constituyó a partir de entonces una república marítima que extendió sus dominios por el mar Tirreno ocupando Córcega y Cerdeña. De esta última isla expulsó a los pisanos, sus rivales. Las líneas marítimas comerciales genovesas contaron, entre otros, con los establecimientos terminales de Esmirna y Foggia en el Asia Menor y cuando arrebató a Venecia el monopolio comercial en el mar Negro contó con factorías en la península de Crimea.

La República de Génova fue fiel aliada de España mientras ésta estuvo presente en el vecino Milanesado que fue español hasta 1714, lo que conirió a sus mercaderes privilegios comerciales en España particularmente en Sevilla sede de la Casa de Contratación.

El Reino sardo-piamontés que comprendía Saboya, Turín, Génova y Cerdeña inició también su andadura histórica en esta zona. Creado en el año 1815 pronto fue el promotor de la guerra de liberación de Italia tras conseguir despertar y aunar los latentes sentimientos nacionalistas de los italianos. Tras vencer a los austríacos con la ayuda de Francia en 1961 se instituyó el Reino de Italia. Garibaldi con el Ejército sardo-piamontés de Génova saltó a la Toscana y de allí a Marsala en Sicilia donde desembarcó. De Sicilia pasó a Calabria consiguiendo arrastrar a los napolitanos. En el año 1866 Italia recuperó el Veneto. En el año 1870 se produjo la unificación territorial de toda Italia cuando se ocupó Roma.

Génova y su entorno fue pues zona histórica de irradiación de poder matriz de la Italia moderna, nación que, tras conseguir su unidad, se lanzó a la conquista de un imperio colonial en Libia, Somalia, Eritrea y Abisinea.

Del golfo de Génova basta dar un pequeño salto hacia Poniente para situarnos en la costa catalana.

La Confederación Catalano-Aragonesa surge en la historia del Mediterráneo después de las Repúblicas Marítimas de Venecia y Génova. Esta zona de irradiación de poder podemos situarla en el delta del Ebro, centro de gravedad de la Confederación tras las conquistas de Baleares y Valencia a principios del siglo XIII.

Ya desde dos siglos antes la Marina del Conde de Barcelona había empezado a adquirir cierta relevancia lo que permitió a los mercaderes catalanes comerciar con distintos puertos del Mediterráneo, particularmente, con los de Génova y Pisa.

Tras las conquistas de Baleares y Valencia, la expansión catalano-aragonesa por el Mediterráneo se inició con la intervención de Pedro III de Aragón en Sicilia. La expedición salió de Port Fangés en el delta del Ebro en el año 1282. La intervención del Monarca aragonés fue motivada por la sublevación, conocida como «Vísperas Sicilianas», de los sicilianos contra los franceses y angevinos de Carlos de Anjou. Este fue el origen de una serie de conflictos en los que Aragón disputó y adquirió el dominio del mar en lucha contra genoveses, pisanos, angevinos, franceses y napolitanos llegando a ser durante los siglos XIV y XV la potencia marítima hegemónica en el Mediterráneo Occidental con ramificaciones comerciales que se alargaron a Egipto, Siria, Chipre y Bizancio donde, por algún tiempo los almogávares de Roger de Flor instauraron los ducados de Atenas y Neopatria.

A finales de la Edad Media los dominios de la Corona aragonesa comprendían Cerdega, Cerdeña, Sicilia y Nápoles. España consiguió la posesión definitiva de las Dos Sicilias, disputada por Francia, tras las victoriosas campañas en Italia del Gran Capitán al inicio del siglo XVI.

España, que en su política mediterránea, siguió los caminos abiertos por Aragón mantuvo su presencia en este Reino de las Dos Sicilias, en el Milanesado y en los presidios de Toscana hasta que se le impuso el Tratado de Utrech en el año 1713.

Corolario de la expansión catalano-aragonesa en la dirección Baleares-Cerdeña-Sicilia fue la conquista por la Monarquía española de los presidios de Melilla, Mazalquivir, Peñón de Vélez, Orán, Bujía, La Goleta y Trípoli en la costa norteafricana. En esta costa anidaban piratas berberiscos que constituían una amenaza tanto para el tráfico marítimo como para las poblaciones costeras cristianas de la orilla opuesta.

Malta, que pertenecía a la Corona de Aragón, y Trípoli, fueron cedidas por Carlos V a los Caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Los dominios españoles en Italia y los disputados presidios norteafricanos, algunos, conquistados, perdidos y, a veces, recuperados en lucha con berberiscos y turcos constituyeron el principal valladar al avance turco hacia la cuenca occidental del Mediterráneo, peligro que acentuaba la existencia de una numerosa población morisca en Andalucía y Valencia.

Túnez, en la costa sur del estrecho de Sicilia, fue objetivo preferente de turcos y españoles. Conquistado por segunda vez por los españoles después de la victoria de Lepanto fue definitivamente tomado por los turcos en

el año 1574. El equilibrio en el estrecho de Sicilia con la isla en poder de España y Túnez, Estado vasallo de la Sublime Puerta, se había restablecido y con ello un tácito *statuo quo* ya que las políticas exteriores de las dos principales potencias en el Mediterráneo en el siglo XVI, España y Turquía, se orientaban hacia otros acimutes.

De esta forma los avances en direcciones encontradas de dos potencias marítimas partiendo de zonas de irradiación de poder localizadas en extremos opuestos del Mediterráneo se habían detenido y neutralizado en el estrecho de Sicilia lugar de paso obligado de la cuenca oriental a la occidental si se cerraba el de Mesina dominado por España. Malta, en la medianía del paso, continuó siendo cristiana. En cambio desde la costa de Berbería, donde los reyezuelos de Argelia y Túnez eran vasallos de los turcos, los piratas continuaron realizando sus depredaciones lo que obligó a España a mantener escuadras de galeras en el Mediterráneo Occidental para neutralizar esta persistente amenaza, sin que ello, diera lugar a una escalada que comprometiera la tácita tregua establecida entre Turquía y España. En el ánimo otomano el recuerdo de Lepanto seguía ejerciendo un beneficioso efecto disuasorio.

Entre el golfo de Génova y la frontera franco-española el accidente geográfico más característico es la desembocadura del Ródano, río que constituye la vía natural de acceso de Francia al Mediterráneo. La región circundante a la desembocadura de dicho río ha constituido por esta razón zona de irradiación de poder potenciada por la existencia en la costa de Provenza del puerto comercial de Marsella y la de la importante base naval de Tolón.

Marsella, la Massilia griega, fue y continúa siendo el puerto francés más importante del Mediterráneo. En los siglos XVI y siguientes fue el puerto de entrada en Francia de productos de importación procedentes de todos los países ribereños y en la Edad Media principal entrada en Europa de la seda de Oriente. De ahí el auge de esta industria en Lyon y otras ciudades del valle del Ródano.

Provenza en la Edad Media mantuvo vínculos feudales con Aragón y con Borgoña y como Condado independiente llegó a pertenecer a Carlos de Anjou, rival de Pedro III de Aragón. La Corona francesa anexionó la Provenza en el año 1481 siendo desde entonces plataforma de lanzamiento de los ejércitos franceses que, repetidas veces, invadieron Italia donde se enfrentaron sin éxito a los españoles durante el siglo XVI.

La intervención de la Francia de Richelieu en la Guerra de los Treinta Años en favor de los protestantes se inició con el fracasado intento de apoderarse de Génova, aliada de España. Causa de este fracaso fue el socorro prestado a Génova por las galeras del segundo Marqués de Santa Cruz.

Richelieu comprendió entonces la necesidad que Francia tenía de disponer de una Armada que disputara el dominio del mar a la española tanto en el Cantábrico como en el Mediterráneo. La obra emprendida por Richelieu la completó y perfeccionó Colbert durante el reinado de Luis XIV que consiguió hacer de Francia una potencia naval.

Tolón, base principal de la Marina francesa en el Mediterráneo, ocupaba una posición de flanqueo respecto a la derrota Barcelona-Génova. De Génova se llegaba al Milanesado, entonces en poder de España y, de allí, partían los «socorros» enviados a Flandes por las estrechas gargantas de la Valtelina y por el Franco Condado. Esta circunstancia y el desarrollo posterior de la guerra explica la importancia que, para Francia, llegó a tener la base naval de Tolón.

Las rebeliones de Cataluña, Sicilia y Nápoles contra la Monarquía española fueron aprovechadas por los franceses para fomentar y apoyar las revueltas separatistas antiespañolas mediante la intervención de su Flota. Y cuando estas sublevaciones fueron dominadas, Luis XIV continuó su política de intervención en el Mediterráneo para ir ocupando en él, el puesto que iba dejando España durante todo este siglo de ininterrumpida decadencia.

La presencia naval francesa fue en aumento conforme fue desarrollándose su poder naval pero, aunque a lo largo de todo el siglo XVIII contó casi siempre con el concurso de España, la preponderancia naval inglesa después de la Guerra de Sucesión mantuvo a raya cualquier intento de expansión francesa.

En el año 1768 la posición geoestratégica francesa en la cuenca occidental quedó reforzada con la ocupación de Córcega. Conquista de gran trascendencia histórica ya que debido a ella Napoleón nació súbdito francés.

Durante las guerras de la Revolución y del Imperio, de la Provenza partieron los ejércitos que permitieron a Napoleón realizar sus conquistas en Italia y de Tolón salió la expedición que pretendió establecer en Egipto un sólido establecimiento francés. La derrota naval de Aboukir impidió a Napoleón convertir en realidad su megalománico sueño de alcanzar la India.

En el año 1830 una fuerza francesa atravesó el Mediterráneo y desembarcó en Sidi Ferruch cerca de Argel. Francia había iniciado la conquista de su segundo imperio colonial que iba a tener mayor extensión que el que le arrebataron los ingleses el siglo anterior. La conquista y colonización de Argelia que se completó con la de buena parte del Sáhara terminó en el año 1870.

Diez años antes, en 1860, Francia había intervenido en Italia en ayuda del movimiento de liberación contra el yugo austríaco liderado por el Reino sardo-piamontés. La factura por esta ayuda fue la anexión a Francia de Niza y Saboya. La base mediterránea francesa de irradiación de poder se había ensanchado.

A la ocupación de Argelia siguió la intervención militar en Túnez en el año 1869. En el año 1881 fue instituido el Protectorado francés. En el año 1903 los franceses iniciaron su penetración en Marruecos. En el año 1912 Francia y España fueron reconocidas como potencias protectoras por el Sultán. Salvo una estrecha zona que comprendía el Rif y la Yebala que correspondió a España, —Inglaterra no hubiera visto con buenos ojos la ocupación por Francia de la costa sur del estrecho de Gibraltar— el resto del territorio marroquí, el llamado *Maroc Util* fue asignado a Francia.

Provenza como zona de irradiación de poder en el Mediterráneo había actuado como trampolín de lanzamiento del dominio francés hacia la ribera de enfrente donde desde el río Muluya hasta Tripolitania se había establecido sólidamente habiendo, además, penetrado más profundamente en el interior del continente africano que el Imperio Romano. Las bases navales francesas de Mazalquivir y Bizerta en el norte de África junto con la metropolitana de Tolón ocupaban los vértices de un triángulo de dominio en la cuenca occidental.

Los primeros intrusos

Todos los pueblos que a lo largo de la Historia se asentaron en las riberas del Mediterráneo procedentes del interior de Europa, Asia o África llegaron a ellas por vía terrestre.

Los primeros intrusos que procedentes del Atlántico penetraron en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar fueron los vikingos o normandos en el siglo X. Sus fines no fueron otros que saquear poblaciones y regresar con el botín a sus lares escandinavos. Sin embargo un siglo más tarde,

cuando ya los vikingos se habían afincado en la Normandía francesa, una expedición desembarcó en Sicilia en el año 1072 estableciendo en la isla un ducado que con la posterior conquista del sur de Italia se convirtió en el primer Reino de las Dos Sicilias. Este reino normando-siciliano perduró algo más de un siglo.

En el año 1189 la Flota inglesa de Ricardo Corazón de León procedente de Inglaterra atravesó también el Estrecho para participar en la Tercera Cruzada. Desde entonces hubo que esperar varios siglos para que naves con pabellón foráneo surcaran sus aguas.

En las primeras décadas del siglo XVIII las Provincias Unidas de Holanda y Zelanda, de hecho independientes de la Corona española, se habían convertido en la primera potencia marítima del Mundo. Los holandeses, llamados por algunos «los fenicios del norte» habían llegado a monopolizar el mercado de fletes en todos los países del «Septentrión» europeo y habían extendido sus líneas comerciales por todos los mares del mundo, entre ellos, por el Mediterráneo. Y, los ingleses, para no ser menos, siguieron sus aguas. Francia, como hemos visto, también empezó a promover el comercio con los puertos mediterráneos de levante desde Marsella.

Las actividades de los piratas berberiscos obligaron a todas estas potencias a llevar a cabo operaciones de protección al tráfico y de castigo contra ellos. Por otro lado la lucha entablada en la mar en el Atlántico con alternas alianzas entre Holanda, Inglaterra y Francia se extendió al Mediterráneo donde penetraron Flotas de combate de Holanda e Inglaterra durante las guerras del reinado de Luis XIV. Sin embargo la presencia en el siglo XVII de las Flotas de combate de estas naciones en el Mediterráneo no tuvo carácter de permanencia por no disponer en él de bases propias.

En este siglo el comercio marítimo alcanzó dimensiones universales. Holanda e Inglaterra desplazaron a portugueses y españoles en el papel rector que habían desempeñado en siglo anterior. Los principales centros de irradiación del poder a escala mundial se habían desplazado a Londres y Amsterdam.

La presencia inglesa y la *Pax Britannica*

El siglo XVIII se inició con la Guerra de Sucesión al trono de España. Inglaterra, Austria, Holanda y Portugal apoyaron al pretendiente austríaco en

contra del Borbón francés entronizado en España por voluntad del último Rey de la Casa de Austria: Carlos II.

En el año 1704 una poderosa Flota anglo-holandesa penetró en el Mediterráneo con objeto de apoderarse de Barcelona y establecer en Cataluña una cabeza de puente donde desembarcar al archiduque de Austria y a los Ejércitos aliados que seguían su causa. Este primer intento fracasó. De vuelta al Atlántico dicha Flota, mandada por el almirante inglés Rooke, en nombre del archiduque Carlos, ocupó, por sorpresa, Gibraltar.

El Tratado de Utrech concedió a Inglaterra la posesión del Peñón, de la isla de Menorca y de las islas Jónicas situadas a la entrada del Adriático. Inglaterra, manifestaba así su voluntad de presencia en el Mediterráneo.

La posesión de Gibraltar entre Cartagena y Cádiz y el acondicionamiento de Mahón como base naval frente a la francesa de Tolón e interpuesta en la derrota directa España-Italia confirió a la superior Flota inglesa una posición dominante en el Mediterráneo Occidental frente a las Flotas española y francesa reunidas.

Esta guerra confirmó y sancionó la indiscutible superioridad marítima británica en el concierto mundial que salió de ella reforzada y con Holanda y Portugal a remolque del poder naval inglés.

Dicha superioridad marítima permitió a Gran Bretaña, en el año 1762, despojar a Francia de su primer imperio ultramarino asentado fundamentalmente en el Canadá y en la India lo que supuso alcanzar el rango de primera potencia mundial por su riqueza, prosperidad comercial e industrial y por la extensión de sus posesiones en ultramar.

La conquista de la India iniciada en el año 1757 fue factor influyente en el interés británico en mantener una permanente presencia naval en el Mediterráneo no sólo para apoyar su política de equilibrio del poder en el continente europeo sino con miras a la apertura de una vía segura de comunicación en dirección a la India que llegaría a ser el florón máspreciado de su Imperio.

La frustrada aventura de Napoleón en Egipto, a la que con anterioridad nos hemos referido, propició la ocupación por Inglaterra en el año 1800 de la isla de Malta estratégicamente situada en la medianía del canal de Sicilia.

El Congreso de Viena en el año 1814 que liquidó las guerras de la Revolución y del Imperio, en las que se impuso el poder marítimo británico al continental de Francia, sancionó la hegemonía inglesa en el Mediterráneo

que la Gran Bretaña procuró mantener frente a cualquier otra potencia fuera o no ribereña.

De ahí la protección dispensada a la debilitada Turquía para impedir que Rusia se asomara al Mediterráneo, las precauciones adoptadas por la presencia austríaca en el Adriático, el interés por el equilibrio en los Balcanes y la oposición inicial a la conquista de Argelia por Francia ya que en ésta veía un obstáculo para su control indiscutido del Mediterráneo.

Si al final transigió frente al hecho consumado fue porque encontró compensación en la ayuda que Francia prestó a la secesión de Egipto de Turquía que facilitó la construcción del canal de Suez y más tarde la introducción de Inglaterra en esta estratégica región mediante la compra de las acciones del Khedive de Egipto en la compañía del Canal. La ocupación británica de Egipto se consumó en 1882 siguiendo después por todo el valle del Nilo y la costa del mar Rojo hasta el Sudán.

A la ocupación de Egipto por Gran Bretaña había precedido la de la isla de Chipre en el año 1878 para poder utilizarla como base de operaciones en las crisis que pudieran producirse con motivo de la candente «Cuestión de Oriente».

De esta forma la posición de Gran Bretaña en el Mediterráneo había quedado sólidamente apuntalada. A principios del siglo XIX controlaba el eje estratégico transversal Gibraltar-Malta-islas Jónicas. Al ceder estas últimas a Grecia cuando alcanzó su independencia el extremo oriental de dicho eje flexionó hacia Chipre y de esta isla se curvó hacia Alejandría, base naval inglesa en el delta del Nilo.

Cuando nos referimos a la *Pax Britannica*, título con el que hemos encabezado estas líneas, no aludimos únicamente a la ausencia de guerras sino a una situación de predominio mundial que «controla» sin intervenir directamente. Esta *pax*, que se mantenía en el Mediterráneo desde el conflicto de Crimea, se sustentaba en la supremacía marítima británica y en el control desde Londres de la próspera economía imperial.

El intento de penetración rusa en el Mediterráneo

La primera vez que hicieron su aparición navíos de guerra rusos en el Mediterráneo no procedían del mar Negro sino del Báltico. Una escuadra rusa al mando del almirante Alexis Orlof, haciendo escala en Inglaterra, penetró por Gibraltar en el año 1769 durante el reinado de Catalina la

Grande y derrotó, con asesores ingleses a bordo, a otra turca en aguas de Chios.

La expansión rusa hacia el Sur se inició en el reinado de Pedro el Grande. En el año 1696 los rusos llegaron al mar de Azov y la victoria sobre los suecos permitió que se establecieran en Ucrania. En el año 1771 invadieron Crimea. En el año 1774 el dominio ruso se había extendido por toda la costa norte del mar Negro y por la Besaravia región comprendida entre los ríos Dniester y Prut afluente del Danubio. Esta región era el trampolín de invasión a los Balcanes a través de Moldavia y Valaquia.

En el año 1853 la invasión rusa de estos territorios, entonces de soberanía turca, y la destrucción de la Flota otomana por una rusa en Sinope en el mar Negro, dio lugar a la llamada guerra de Crimea. Francia e Inglaterra intervinieron en favor de Turquía. Los Ejércitos aliados desembarcaron en Crimea y tomaron Sebastopol. El primer intento ruso de penetración por los Balcanes había fracasado pero la Paz de París no resolvió la llamada «Cuestión de Oriente».

En el año 1877 las revueltas de los cristianos de los Balcanes contra la opresión y discriminación religiosa del sultán otomano dio motivo y constituyó pretexto para una nueva intervención rusa. El incontenible avance de los Ejércitos rusos hacia Constantinopla obligó al sultán a pedir un armisticio. El Tratado de San Estéfano sancionó la hegemonía rusa en los Balcanes como potencia protectora de los eslavos del Sur. Rusia impuso la creación de una «Gran Bulgaria» y amplió el territorio de Serbia. Disconformes con todo ello Gran Bretaña y Austria-Hungría exigieron la revisión del Tratado. Dicha revisión supuso la división de los Balcanes en zonas de influencia. A Austria-Hungría se le asignó la administración de Bosnia-Herzegovina. Rusia no tuvo más remedio que ceder.

Inglaterra consiguió sus objetivos: evitar el hundimiento del Imperio Otomano para impedir que el de los zares se asomaran al Mediterráneo, establecer un equilibrio en los Balcanes entre Rusia y Austria-Hungría y obtener una nueva base para su Flota en previsión de tener que proteger a Turquía de futuros ataques rusos. La base obtenida fue Chipre.

Pero evitar el hundimiento de Turquía no significaba robustecer su delicada salud. El proceso de desmembración del Imperio Otomano en los Balcanes era imparable.

La independencia de Grecia en el año 1830 y el resurgir de los nacionalismos en los Balcanes, con sus complejos problemas de etnias y religiones,

dieron lugar a las intervenciones de potencias europeas en favor de unos u otros según convenía a sus intereses. Rusia y Austria-Hungría fueron las más directamente implicadas estando a punto de enfrentarse en el año 1908 cuando la segunda, unilateralmente, se anexionó Bosnia-Herzegovina. En esta crisis se evitó una guerra europea porque Rusia ni se consideró militarmente preparada ni recibió el apoyo de Francia y Gran Bretaña. No sucedería lo mismo en el año 1914 tras el atentado de Sarajevo.

Todo el embrollo balcánico tuvo como telón de fondo la pretensión rusa de conseguir el libre paso por los estrechos turcos y la obstinación británica en impedirlo pese a la Alianza de la Triple Entente.

Crimea para Rusia pudo ser zona de irradiación de poder en el Mediterráneo si no lo hubiera evitado Gran Bretaña.

El Mediterráneo durante las dos guerras mundiales

Durante la Primera Guerra Mundial el Mediterráneo fue un teatro de operaciones secundario. La guerra se decidió en Francia.

La maniobra de mayores vuelos en este teatro fue el intento de penetración por los Dardanelos mediante un desembarco en Gallipoli que se llevó a cabo en el año 1915. El objetivo era conseguir la capitulación de Turquía, el aliado más débil de los imperios centrales, abriendo así una vía de comunicación a través del Mediterráneo que permitiera abastecer a los rusos que se batían desesperadamente con Alemania y Austria-Hungría en el frente oriental y contra Turquía en el Cáucaso. La operación, estratégicamente bien concedida, fue, tácticamente, mal ejecutada constituyendo un estrepitoso fracaso. Los estrechos turcos volvieron a desempeñar en la Historia un papel relevante.

Aparte de éste, en el teatro de operaciones mediterráneo se establecieron varios frentes. En el norte de Italia los Ejércitos italiano y austro-húngaro se enfrentaron en el Trentino y en el Veneto sin resultados decisivos. En Grecia la situación fue confusa por la división de los griegos entre los que querían permanecer neutrales y los aliadófidos. El Ejército francés, violando la neutralidad griega, desembarcó en Salónica lo que permitió establecer en Macedonia una línea de resistencia frente a austriacos y búlgaros que habían terminado con la resistencia serbia. Hasta el año 1918 el Ejército del general francés Serrail, un conglomerado de franceses, britá-

nicos, italianos, serbios y griegos, no inició la ofensiva que permitió recuperar los Balcanes e invadir Hungría.

En el año 1914 el Imperio Otomano se extendía en el Oriente Medio desde el Cáucaso al Sinaí y desde el mar Negro al golfo Pérsico. Los turcos intentaron —cómo no— llegar al canal de Suez y recuperar Egipto. Fueron detenidos por los ingleses que desde allí iniciaron una ofensiva que les permitió en el transcurso de la guerra avanzar por Palestina y Siria hacia Cilicia. Los británicos también desembarcaron en el golfo Pérsico y, tras algunos fracasos iniciales, remontaron el valle del Tigris, ocuparon Bagdad y llegaron hasta el Kurdistán.

Los anglo-franceses prometieron a los árabes por su ayuda la liberación del yugo turco y la formación de una gran nación árabe. Al final de la guerra dicha promesa no fue cumplida. Se repartieron el Oriente Medio en zonas de influencia: Siria y Líbano para Francia, Palestina, Trasmoravia e Irak para Inglaterra. La Declaración Balfour de «crear después de la guerra un hogar nacional judío en Palestina» fue el origen del conflicto que aún perdura.

Desde la perspectiva de este trabajo sólo cabe señalar que los esfuerzos de los aliados se polarizaron en alcanzar el dominio de los estrechos turcos. Primero cuando desembarcaron en Gallipoli, después cuando sus ejes de avance por Mesopotamia, costa sirio-libanesa y Tracia convergieron hacia Estambul es decir hacia la codiciada zona de irradiación de poder que a lo largo de la Historia tan importante papel ha desempeñado.

En este orden de ideas hay que señalar que el Convenio de Sykes Picot que repartió entre las potencias aliadas sus futuras zonas de influencia tras la victoria, se concedió a Rusia la Tracia Occidental, la Armenia turca y los estrechos.

El estallido de la Revolución Rusa en 1917, que condujo a la paz con Alemania, impidió a los aliados occidentales cumplir tan «generosa» promesa.

De gran trascendencia para la historia futura del Mediterráneo fue la creación del Estado artificial de Yugoslavia al final de la guerra: mosaico de nacionalidades, etnias y religiones de difícil avenencia.

Pasemos ahora a la Segunda Guerra Mundial que, como bien se sabe, se inició en Europa en septiembre del año 1939 con la invasión de Polonia por la *Wehrmacht* alemana.

En lo que atañe al Mediterráneo, entre la evacuación de Dunkerque en el

año 1940 y la invasión de Rusia el año siguiente, tuvo lugar un acontecimiento trascendente: La entrada de Italia en la guerra a favor de Alemania. La situación en el Mediterráneo había sufrido un cambio importante: la derrota Gibraltar-Suez había quedado interrumpida. La posición central de Italia con su apéndice siciliano dejaba sentir su influencia. La posición estratégica de Malta no era garantía suficiente para asegurar el tráfico por el canal de Sicilia. Además se había abierto un nuevo frente en la frontera occidental de Egipto: el rigodón del desierto con sus espectaculares avances hacia Suez y sus apresuradas retiradas hacia Tripolitania había comenzado.

Pero los Ejércitos italianos no estaban preparados y sufrieron severas derrotas en el primer año de guerra en África. Para restablecer la situación en el Mediterráneo y apoyar a sus aliados Alemania no tuvo más remedio que intervenir. Lo hizo desplegando a la *Luftwaffe* en Sicilia, enviando el *Africa Korps* de Rommel a Libia e invadiendo los Balcanes.

La ofensiva en la primavera del año 1941 en los Balcanes trajo como consecuencia la ocupación de Yugoslavia, la de Grecia y la invasión de Creta donde por primera vez fueron empleadas tropas paracaidistas. La finalidad de todas estas operaciones, aparte de restablecer la comprometida situación en Italia, no era más que apuntalar el flanco sur de su dispositivo de ataque a Rusia donde los Ejércitos alemanes iban a aplicar el esfuerzo principal. La idea de ocupar Egipto no surgió hasta que Rommel obtuvo sus espectaculares éxitos en el desierto.

En el verano del año 1942 el Ejército soviético se encontraba en difícil situación y los aliados temían su derrota. Los soviéticos presionaron para que los anglosajones abrieran un segundo frente.

El alto mando norteamericano entendía que a Alemania había que llegar por la vía más directa, es decir, por las llanuras del noroeste de Francia. Aunque sin confesarlo públicamente, Churchill y sus asesores no estaban plenamente convencidos y preferían la aproximación indirecta al reducto germano. Según Churchill era preferible herir el vientre del cocodrilo que exponerse a las dentelladas de sus potentes mandíbulas.

Bajo la presión de Stalin, que clamaba por la apertura del prometido segundo frente, y con las reticencias norteamericanas se decidió el desembarco en el norte de África para expulsar a los italo-alemanes del continente africano. De cualquier forma se imponía frenar el avance de Rommel que había conseguido llegar a El Alamein en la frontera egipcia.

La operación *Torch*, nombre clave dado a los desembarcos en Marruecos y Argelia, tuvo éxito pese a la enconada lucha en torno a Túnez donde los alemanes enviaron sus refuerzos.

En enero del año 1943 en la Conferencia de Casablanca se debatió, una vez más, el espinoso asunto del ataque directo a Alemania o la invasión previa de Italia dejando fuera de combate al adversario más débil. Se acordó desembarcar en Sicilia pero únicamente para dominar las dos orillas de la canal que la separa de cabo Bon.

Sorprendentemente, los anglo-norteamericanos en el desembarco de Sicilia lograron la sorpresa estratégica y ocuparon la isla fácilmente. El régimen fascista de Mussolini se desmoronó. Italia estaba derrotada.

Decidida la invasión de la península Itálica, los Ejércitos aliados saltaron de Sicilia a Calabria, Tarento y Salerno al sur de Nápoles. Pero el avance hacia el norte de Italia no fue tan sencillo como se pronosticaba. El Ejército alemán al mando del mariscal Kesserling hizo frente a un enemigo superior retirándose ordenadamente a sucesivas líneas defensivas establecidas desde el Tirreno al Adriático aprovechando adecuadamente los accidentes del abrupto terreno.

La ansiada entrada de los Ejércitos anglo-norteamericanos en Roma no se produjo hasta el 4 de junio de 1944 dos días antes del desembarco de Normandía. Los Ejércitos aliados no alcanzaron el Po hasta el mes de abril del año 1945 cuando los desembarcados en Normandía ya habían llegado al Elba.

La última operación que se llevó a cabo en la Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo fue el desembarco realizado en la costa de Provenza. La génesis de esta operación fue laboriosa. En la Conferencia de Teherán se decidió que, lo que sólo iba a ser una maniobra de diversión cuando se realizara el desembarco de Normandía, se convirtiera en una operación de gran alcance que permitiera a los ejércitos desembarcados en Provenza remontar los valles del Ródano y del Saona para llegar al Rin en Alsacia y darse la mano con los ejércitos que procedentes de Normandía avanzaban en dirección nordeste.

La lentitud del avance en Italia y la realización del desembarco en Normandía que coincidió, prácticamente, con la entrada en Roma obligó, primero, a ir aplazando el de Provenza y, después, a que se llegara a proponer su cancelación.

En contra de la opinión de los británicos, los norteamericanos impusieron su criterio y el desembarco en Provenza se llevó a cabo más de dos meses después del de Normandía cuando ya la explotación del éxito de este último estaba dando sus frutos.

Tanto esta operación, como en su conjunto, toda la campaña de Italia han sido severamente criticadas. Según muchos tratadistas y expertos en temas militares dicha campaña sólo hubiera podido justificarse si sus fines hubieran sido utilizar Italia como trampolín para desembarcar en el golfo de Venecia y, por el paso de Liubliana en Eslovaquia, alcanzar la llanura húngara. Una operación con este objetivo fue propuesta por los británicos.

Churchill se asía al principio de que en la conducción de la guerra debía ponderarse la situación que se creara una vez restablecida la paz. Por ello los Ejércitos anglo-norteamericanos debían darse la mano con los soviéticos lo más al Este posible. Las consecuencias de que rusos y norteamericanos se encontraran a orillas del Elba las pagaron durante cuarenta y seis años los habitantes de Europa Central.

Es muy discutible que el desenlace de la Segunda Guerra Mundial hubiera sido muy distinto si Hitler hubiera dado la importancia debida al Mediterráneo. Es indudable que lo hubiera convertido en un lago dominado por el Eje si hubiera cerrado a los anglo-norteamericanos sus dos accesos: el de Gibraltar para lo que era preciso invadir España y el de Suez lo que requería ocupar Egipto. Pero maniobra de tal envergadura estaba condenada al fracaso si se simultaneaba con la campaña de Rusia y no hay que olvidar que era en el Este donde Hitler esperaba satisfacer todas las necesidades de su «Gran Alemania»: los codiciados y colonizables «vitales» espacios rusos, los minerales de Siberia, el trigo de Ucrania y el petróleo del Cáucaso ejercían sobre él una atracción irresistible. En el Mediterráneo ni existían estos recursos naturales ni se daban las mismas circunstancias. En cierta medida puede disculparse el error que se le imputa de minusvalorar la capacidad militar soviética existiendo el precedente del desarrollo de la guerra en 1914-1917 en el frente oriental. En él los Ejércitos rusos fueron repetidas veces derrotados por los alemanes que, al mismo tiempo, se batían con los anglo-franceses en el Occidental. Por ello un segundo *Brest Litovsk* no era impensable.

En realidad las teorías hitlerianas coincidían substancialmente con las del geopolítico escocés Halford Mackinder sobre lo que denominaba «Tierra Corazón» que situaba en la parte interior de Eurasia. Mackinder entendía

que quien rige Europa Oriental domina la «Tierra Corazón». Quien rige ésta domina la «Isla del Mundo» y, como consecuencia, el Mundo entero.

La Segunda Guerra Mundial hizo que dos nuevos «intrusos» aparecieran en el Mediterráneo: Estados Unidos de América y el III Reich alemán, éste por poco tiempo. Esta guerra no alumbró nuevas zonas de irradiación de poder en su entorno ni dio lugar a una relevante activación de las antiguas: Italia, incubadora del Imperio Romano, estuvo a merced de sus enemigos y fue siempre a remolque de su aliado.

Alguna de las zonas que hemos clasificado entre las «históricas» volvieron a desempeñar papeles importantes pero no como tales sino como puntos de apoyo o lanzamiento de operaciones previstas. Tales fueron la región de Túnez y la Provenza. Roma y Egipto fueron zonas de atracción de poder.

El Mediterráneo después de la Segunda Guerra Mundial

Entendemos que, desde el año 1945 a nuestros días, los acontecimientos mundiales que han tenido mayor trascendencia en la historia del Mediterráneo han sido los siguientes:

- La aparición de las armas de destrucción masiva y la posibilidad de lanzarlas a gran distancia.
- La emergencia de la Unión Soviética como segunda superpotencia mundial rival de Estados Unidos de América.
- La liquidación de los imperios coloniales europeos.
- El mantenimiento de organizaciones militares en permanencia en tiempo de paz como brazo armado de las Alianzas.
- La creación de organizaciones políticas y económicas supranacionales.
- El desarrollo económico del mundo occidental y el Japón en contraste con el subdesarrollo del llamado Tercer Mundo.
- La inesperada desintegración de la Unión Soviética.

Aparte de estos acontecimientos de alcance mundial en el Mediterráneo se ha producido un suceso particular que no se puede soslayar:

- El prolongado e inconcluso conflicto árabe-israelí.

Después de la Segunda Guerra Mundial el Mediterráneo continuó siendo vía de comunicación del Atlántico con el Índico cuya importancia la acentuaba la necesidad de importar por vía marítima el petróleo del golfo Pér-

sico a la Europa Occidental. Sin embargo el cierre del canal de Suez después de la crisis del año 1973 demostró que este paso no era de importancia trascendente ni para Europa Occidental ni siquiera para los países ribereños. La diversificación de las fuentes de energía y la ruta del Cabo resolvieron el problema sin grandes dificultades.

Sin embargo el valor estratégico del Mediterráneo lo había acrecentado la situación derivada del enfrentamiento Este-Oeste: su profunda penetración hacia Levante permitía utilizarlo como base avanzada de operaciones ofensivas o ataques preventivos o de represalia contra la Unión Soviética y sus satélites. Este factor favorable para la Alianza Atlántica tenía como contrapartida, que también podía ser utilizado por los soviéticos para desbordar el flanco sur del dispositivo centroeuropeo de la OTAN penetrando por el norte de África hacia poniente.

Con independencia de esta pugna, la conflictividad endémica en su entorno geopolítico hizo y hará que desde este mar tan cerrado o por él se pueda acudir en apoyo de países amigos en cumplimiento de compromisos adquiridos, para prevenir indeseables escaladas o por entender que apoyando a uno de los contendientes en un conflicto local se protegen mejor los intereses propios.

La independencia de la India en el año 1947, el fracasado intento anglo-francés de apoderarse de Suez y la disminución de su presencia militar al este del Canal hizo que Inglaterra fuera perdiendo su interés por el Mediterráneo, aunque hasta los años setenta no diera por concluidas sus implicaciones en él. Sin embargo siguió aferrada a Gibraltar para hacer sentir su peso en la Alianza Atlántica.

El vacío que iba dejando Inglaterra en el Mediterráneo, Estados Unidos se apresuraron a llenarlo. Pero su pretensión de instaurar entonces una *Pax Americana* en su ámbito se vio atemperada por la voluntad soviética de perturbarla mediante su presencia naval pese a que la geografía no les era favorable por la existencia tantas veces mencionada de los estrechos turcos.

Estados Unidos como primera contramedida consiguieron que Grecia y Turquía fueran admitidas en la OTAN para que sirvieran de tapón a cualquier intento de expansión soviética.

Pero ello no impidió que la Unión Soviética aprovechara las coyunturas que se le ofrecieron para hacer sentir su influencia en los países árabes ribereños mediante la venta de armas y las ayudas económicas. Todo ello

acompañado de una persistente presencia naval en el Mediterráneo pese a los obstáculos que el Convenio de Montreux del año 1936 imponía al paso de buques de guerra por los estrechos turcos.

Esta pugna no impidió que Norteamérica fuera la potencia dominante en el Mediterráneo no sólo por la mayor potencia de su VI Flota sino por disponer de una serie de bases aeronavales escalonadas desde Lajes en las Azores a Sirope en la costa turca del mar Negro pasando por las establecidas en España, Italia, Grecia y Turquía.

Para contrarrestar la presencia de la VI Flota norteamericana y mitigar su influencia política en los Estados ribereños la Unión Soviética desplegó su *V Eskadra* en el Mediterráneo cuya capacidad de combate no podía compararse a la de aquella, principalmente, en potencial aeronaval. Sin embargo la Escuadra soviética contaba con la cobertura estratégica de las poderosas Fuerzas Aeronavales con capacidad nuclear basadas en Crimea y la región ucraniana de Odessa, desde donde, en caso de guerra, podía atacar cualquier objetivo del Mediterráneo. Pero, por otra parte, la entidad de dicha Escuadra estuvo siempre condicionada a la disponibilidad de bases en el Mediterráneo y, tras verse obligada a abandonar las cedidas por Egipto, tuvo que aprovisionarse en aguas internacionales o aprovechar sus visitas a puertos sirios o libios.

La crisis de la Unión Soviética que provocó su disolución trajo consigo la salida del puerto libio de Tobruck en octubre del año 1991 de los últimos buques de guerra soviéticos que quedaban en el Mediterráneo. Y Rusia, con sus dificultades políticas y económicas internas, no podía continuar la política exterior seguida por la Unión Soviética.

Norteamérica ha quedado desde entonces como potencia naval dominante en el Mediterráneo ya que su Flota es superior a la de todos los países ribereños y además cuenta con las bases antes indicadas.

Con todo lo expuesto hemos pretendido presentar un cuadro de lo que fue la situación en el Mediterráneo durante la guerra fría, pero dicha situación quedaría incompleta en su contexto histórico si no dedicáramos algunas líneas a los países ribereños y al conflicto árabe-israelí que todavía no ha quedado solucionado.

La liquidación de los imperios coloniales ha dado lugar a la existencia de Estados árabes independientes en las riberas sur y de levante del Mediterráneo de características muy dispares a las de los europeos asentados en la orilla norte.

Las diferencias entre unos y otros no son debidas únicamente al subdesarrollo económico de los del Sur sino que arrancaran de un atraso secular de estos últimos que abarca todos los aspectos de su actividad nacional y estatal.

La inestabilidad política y social de los países del Magreb, de Egipto y demás Estados árabes, principalmente de los primeros, son motivo de inquietud de los desarrollados países de la orilla opuesta que, menos los de la antigua Yugoslavia y Albania, pertenecen a la OTAN. Y de los adheridos a esta Organización todos, menos Turquía, son miembros de la Comunidad Económica Europea y de la Unión Europea Occidental. Dicha inestabilidad la acentúa el arraigo del sentimiento fundamentalista en amplias capas de la población musulmana.

Los del Magreb han concertado la Unión del Magreb Árabe, organización que incluye a Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Mauritania que, todavía debido a los recelos existentes entre ellos y la veleidosa y agresiva política de Libia (en cuarentena por la ONU, Estados Unidos y el Reino Unido debido a su apoyo al terrorismo) no ha llegado a consolidarse.

En la región asiática que baña la costa de levante se ubican los países árabes del Oriente Cercano que junto con Egipto han sostenido repetidas guerras con Israel, desde que éste se declaró Estado soberano e independiente en Palestina. Secuela de estas guerras es la existencia dentro de las fronteras de Israel de unos dos millones de palestinos que ocupan la Cisjordania y la franja de Gaza, territorios conquistados por Israel tras la guerra de 1967. La Organización para la Liberación de Palestina (OLP) ha luchado con todos los medios a su alcance, incluyendo el recurso al terrorismo, para recuperar dichos territorios y entregarlos a los palestinos. La OLP ha llegado a proponer el reconocimiento del Estado de Israel y la renuncia a la lucha armada contra Israel a cambio de la creación de un Estado palestino independiente en Cisjordania.

Parece que al fin en septiembre del año 1993 se ha llegado a un acuerdo entre el líder de la OLP e Israel después de su mutuo reconocimiento.

La solución definitiva de este problema, el entendimiento de Portugal, Francia, España e Italia con los cinco países del Magreb, la disputa greco-turca por Chipre y la delimitación de las aguas del Egeo, así como encontrar solución a los conflictos que ha traído consigo la disolución del Estado Federal yugoslavo, son asuntos pendientes que todavía no han pasado a la Historia.

En los párrafos dedicados al intento de penetración rusa en el Mediterráneo dijimos que Crimea pudo ser zona de irradiación de poder ruso en él, si Gran Bretaña no lo hubiera evitado.

Lo mismo intentó Norteamérica durante la guerra fría pero las circunstancias no eran las mismas. En la época actual los estrechos turcos no son un valladar insalvable. Hoy pueden sobrevolarse y las defensas antiaéreas no son tan impenetrables como las masas terrestres que flanquean pasos marítimos angostos. El alcance de las armas modernas, su potencia destructora si son nucleares y las posibilidades de los aviones de combate hacen que desde Crimea y la costa ucraniana se pueda irradiar poder por encima de los estrechos turcos sin necesidad de dominar sus orillas. Esta amenaza potencial complementó durante la guerra fría la presencia naval soviética en el Mediterráneo. En dicha zona de la costa del mar Negro la Unión Soviética contaba con importantes bases aéreas, la naval de Sebastopol, el importante complejo de construcción naval de Nicolaiev y el no menos importante puerto comercial de Odessa. A mayor abundamiento hay que señalar que el tráfico marítimo procedente del mar Negro o con destino a él representaba el 50% de todo el tráfico soviético, comprendiendo las exportaciones de carburante del Cáucaso, mar Caspio e interior de Rusia por los ríos Volga y Don.

Por ello entendemos que la costa rusa del mar Negro que no fue zona de irradiación de poder en el Mediterráneo durante el siglo XIX, una vez transformada en costa soviética en el XX, sí constituyó durante la guerra fría un foco de irradiación de poder pese a las limitaciones impuestas por el Tratado de Montreux.

Consideraciones finales

El análisis que hemos hecho desde la antigüedad a nuestros días de la historia del Mediterráneo nos ha permitido localizar las zonas históricas de irradiación de poder que han surgido en el transcurso del tiempo de este espacio geopolítico.

Todas ellas —excepto la situada en Crimea y costa ucraniana— emergieron en la época que podíamos llamar de individualidad histórica, es decir, cuando los Estados ribereños fueron protagonistas de la historia del Mediterráneo y comerciaron y combatieron con un fin evidente: dominarlo.

Después tuvieron que resignarse a aceptar que potencias foráneas les despojaron de dicho protagonismo y utilizaran el *Mare Nostrum* como medio para conseguir sus particulares fines.

En este segundo período no hemos detectado —salvo la excepción apuntada— zonas o focos de irradiación de poder dentro de su entorno. Los que surgieron en el decurso de la Historia se localizaron fuera de él. Contribuyó a ello la expansión por el Atlántico hacia poniente lo que hizo que el Mediterráneo perdiera importancia como emporio comercial y vía principal de comunicación con Oriente. Todo ello trajo consigo la disminución de su peso específico en la balanza del poder mundial.

A partir del siglo XVIII fue utilizado por las potencias hegemónicas como palenque donde dilucidar sus querellas o como espacio geoestratégico bien situado para desequilibrar a la potencia continental que hubiera roto a su favor el balance del poder en Europa. Naturalmente también servía como medio de comunicación más corto y alternativo del Atlántico Norte con el Índico.

Las zonas históricas de irradiación de poder localizadas en este estudio son las siguientes:

- La costa de levante y la región siria adyacente. Esta zona adquirió dicho carácter con los fenicios y con los árabes cuando estos instalaron en Damasco la capital del Califato.
- Cabo Bon y la región tunecina circundante. Allí se edificó la ciudad de Cartago, cabeza de un Estado talasocrático. En el mismo lugar los vándalos erigieron la capital de un reino que se extendió por Sicilia y el sur de Italia en el siglo V.
- Las riberas e islas del Egeo y los estrechos turcos. Este foco de irradiación de poder se mantuvo —aunque con períodos de decadencia— durante cerca de 30 siglos con griegos, macedonios, bizantinos y otomanos.
- La región italiana centrada en Roma. El Imperio Romano ha sido el único Estado que ha conseguido dominar todo el Mediterráneo.
- El fondo del saco Adriático. Partiendo de allí la Serenísima República creó un imperio que se extendió por la cuenca oriental con fines comerciales. Posteriormente constituyó la salida al Mediterráneo del Imperio Austríaco que logró dominar la costa dálmata del Adriático.
- Génova y la región circundante de Liguria. La República de Génova siguió una trayectoria similar a la de Venecia a la que disputó sus mercados. En el siglo XIX fue zona de irradiación de poder del Reino sardo-piamontés impulsor de la unidad de Italia.

- La desembocadura del Ebro, centro de gravedad de los reinos españoles de la Corona de Aragón, punto equidistante de Barcelona y Valencia.
- Las bocas del Ródano y la región de Provenza. Zona de irradiación del poder francés en el Mediterráneo.

A partir del siglo XVIII, cuando Inglaterra alcanzó el rango de primera potencia mundial, consiguió, por derecho de conquista, posesiones en el Mediterráneo que fueron aumentando el siglo siguiente en que, finalmente, se estableció Egipto. Pero ninguna de ellas constituyó por sí misma foco de irradiación de poder sino punto de apoyo y difusión del poder británico irradiado desde fuera del Mediterráneo. La misma consideración merecen las bases norteamericanas instaladas, arrendadas o compartidas en España, Italia, Grecia, Turquía, Libia y Marruecos cuando después de la Segunda Guerra Mundial, Norteamérica fue llenando el vacío dejado por Gran Bretaña para convertirse en la potencia dominante del *Mare Nostrum*. Dominio atemperado durante la guerra fría por el poder marítimo soviético irradiado en el Mediterráneo desde Crimea y la costa ucraniana principalmente.

La Primera y Segunda Guerra Mundial pusieron de manifiesto que para los principales beligerantes el teatro de operaciones del Mediterráneo era secundario. Lo utilizaron los vencedores, sin excesiva convicción, como vía de aproximación indirecta al reducto centroeuropeo.

Algunas de las zonas de irradiación de poder que hemos calificado de históricas fueron utilizadas como base de lanzamiento de operaciones ofensivas: Túnez para el asalto a Sicilia y posterior invasión de Italia y la región de Provenza para remontar el valle del Ródano en la Segunda Guerra Mundial.

A lo largo de este estudio también se han localizado zonas geográficas que persistentemente han constituido a lo largo de la Historia focos de atracción del poder: Egipto y Sicilia son ejemplos significativos.

En Egipto se establecieron los griegos con Alejandro, los romanos, los árabes fatimíes, los turcos y los ingleses. Los franceses también lo intentaron.

En Sicilia lo hicieron los griegos, los cartagineses, los romanos, los vándalos, los normandos, los aragoneses, los españoles, los austríacos y los sardo-piamonteses de Garibaldi que lograron la unidad de Italia el siglo pasado. En la Segunda Guerra Mundial los anglo-norteamericanos también desembarcaron en esta isla.

Clio, la musa griega de la Historia, siente predilección por representar sus tragedias en los mismos escenarios aunque, a veces, con entreactos de siglos. Por ello cabe la posibilidad de que los focos de irradiación de poder que hemos detectado en el Mediterráneo merezcan de nuevo, por razón de localización, la atención de la Historia.